

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

Continúa vendiéndose la segunda colección de artículos originales de «La Lectura» en casa del editor, D. José del Ojo y Gómez, San Bernardino, 10, 2.º, derecha, Madrid, al precio de una peseta cada ejemplar. Por cada doce ejemplares se regalarán dos, y veinte por cada ciento. Háganse los pedidos acompañados de su importe.

SECCION RECREATIVA.

EL LEON ENJAULADO

—¡Qué fiestas!, mi amo, ¡qué fiestas! ¡Qué atrocidad de gentel ¡qué barbaridad de regalos! ¡qué diluvio de diamantes, y de perlas, y de joyas preciosas, y de oro, y de plata, y de telas riquísimas y de objetos de arte, y de...

—Pero ¿de qué fiestas hablas, Blas?

—De las del Papa.

—Efectivamente han sido estupendas.

—Mi amo, hasta el emperador de la China ha mandado al Santo Padre una embajada para que le bese los pies.

—Es verdad.

—Y otra el emperador del Brasil.

—Cierto.

—Y otra el tamborlan de Persia.

—No disparates, Blas.

—Y la reina de Inglaterra que es protestanta.

—¡¡Por María Santísima!

—Y el Sultán de Turquía que es *mameluco*.

—¡Qué atrocidad!

—Y el czar de Rusia que es *asmático*.

—Cismático, hombre, cismático.

—Da lo mismo, mi amo. Y el emperador de Alemania, y el de Austria, y el del Japon; en fin, ¿qué más? hasta el gran rabino de los judíos; esto es, un judío que tiene el rabo muy largo, le ha hecho también la cortesía y le ha mandado su regalo.

—Es verdad.

—Por supuesto, ¿quien estraña esto? si acabo de saber que el presidente de la República francesa, que es otro rabino de marca mayor, le ha felicitado también tapándose antes el rabo con el mandil.

—Hombre, claro está, ¡no faltaba más!

—¿Cómo claro, mi amo?; oscuro digo yo, y bien oscuro; porque ó todos esos hombres se han vuelto locos, ó yo soy un tonto de capirote.

—Será lo último, Blas.

—Pero, ¿cómo se comprende, mi amo, que siendo esa gente casi toda ella tan enemiga del Santo Padre se le arroje ahora á los pies pidiéndole bendiciones?

—Válgame Dios, hombre; leyendo la historia sagrada. ¿Tú no recuerdas que cuando nació el niño Jesús y se recostó en un pesebre no solo fueron á adorarle los reyes y los pastores, sino que también le adoraron á su manera una mula, un buey y tres camellos?

—Sí señor.

—Pues haz cuenta que el tamborlan de Persia como tú dices, el *mameluco* de Turquía, el *asmático* de Rusia, y el rabino de Francia son otros tantos camellos que apesar suyo contribuyen á la gloria de Dios rindiendo tributo de veneración á quien en la tierra le representa.

—Es verdad, mi amo: no habia caído; pero sin embargo insisto en mi pregunta: ¿Por qué hacen eso?; ¿por qué le rinden ese tributo?; ¿qué tiene el Papa para llamar así la atención de todo el mundo?; porque, francamente, es cosa que choca ver ahí á un pobre viejo encerrado en un rincón de Roma, rodeado por todas partes de enemigos, sin un triste soldado que le defienda, sin más bienes que los que sus hijos le dan por amor de Dios; despojado, calumniado, combatido; y ver, sin embargo, que los mismos que le combaten, cuando llega el momento se postran á sus pies, y le regalan mitras que valen un potosí, y joyas que valen millones, y le alaban y le veneran, pidiéndole que les bendiga los rosarios. ¿Qué es esto, mi amo, qué es esto?

—Una cosa muy sencilla, Blas; que el Papa es algo más de lo que parece, hijo mío: el Papa representa en el mundo una institución altísima que, aunque la aborrecen muchos, la respetan todos hasta sus mismos enemigos por instinto de propia conservación.

—¿De conservación?

—Sí, Blas, de conservación.

—Pero, hombre; un pobre viejecillo que no tiene un soldado habia de hacer el búa á emperadores como el de Alemania que cuenta los soldados por millones, y á reinas como la de Inglaterra que cuenta los barcos por centenaes.

—Lo que tú oyes.

—Sí lo oigo, pero no lo entiendo.

—Porque eres un camueso, Blas; porque no discurre una palota. Vaya, tendré que apelar al cuento de costumbre á ver si te ilumino la mollera.

—Sí, mi amo, sí; venga un cuentecillo. Sabe usted que en decir cuento soy todo orejas.

—Lo creo sin que me lo jures. Ea pues, ábrelas bien, y escucha la siguiente fábula. Se titula EL LEON ENJAULADO, y dice así:

Pues señor, cuando Dios crió el mundo, comprendiendo que hasta entre las bestias de los campos era conveniente establecer cierto orden y buena armonía, llamó al leon, y entregándole el cetro de todas las alimañas, dirigió á estas la siguiente alocución:

—Bestias del universo: sabed que soy vuestro Dios y Señor, que os saqué de la nada por efecto de mi infinita bondad y de mi poder absoluto, y que por tanto me debéis sumisión y acatamiento.

—Muy bien, muy bien,—contestaron todas.

—Poco á poco, que no he concluido. Habéis de saber además, que conociéndos como os conozco, y sabiendo que sois muy capaces en cuanto vuelva la espalda de armar un cisco y comeros unas á otras dejándo solo los rabos por el maldito vicio de querer mandar todas y no obedecer ninguna, he dispuesto establecer entre vosotras al leon del desierto con el caracter de autoridad suprema, para que en mi nombre os gobierne y dirija.

—Perfectamente, Señor,—respondieron los avechuchos;—nada más justo que obedecer á vuestra Divina Majestad en esta como en todas las cosas; pues si así no fuera, dado el geniecillo y las uñas que nos van saliendo, no seria extraño cometiésemos alguna barbaridad. Quedamos, pues, en que desde hoy el leon será nuestro rey, no porque sea leon y tenga más ó menos garras, pues garras todos tenemos; sino porque lo mandais Vos, que estais en el derecho de mandarlo.

Y así fué en efecto: desde aquel día el toro con su arrogancia, el oso con su corpulencia, el tigre con su fiereza, el águila con su rapacidad y hasta la mona

con su pedanteria bajaron la cabeza ante la nueva autoridad de *derecho divino*, dando asi ocasion á que la república de los animales fuese una república modelo.

Pero amigo, no hay bien ni mal que cien años dure. Apenas habrian trascurrido noventa y nueve con diez meses y algunos dias, cuando cierto reptil de escama que desde el primer momento se habia enemistado con Dios por cierta repulsa sufrida en el Paraiso cuando trató de revolucionar á los hombres, quiso armar otro pronunciamiento entre los animales.

—Ciudadanos,—dijo enroscándose á un arbol, y llamándolos á todos á silbidos.—Parece imposible que habiendo entre vosotros gente tan astuta y valerosa, esté pasando hace tanto tiempo por la humillacion de rendir pleito homenaje á un animal que, con toda su melena, vale menos que cualquiera de vosotros. ¿Por qué incurrir en tal bajeza? Pase que á magestad tan fantástica le rindan tributo los corderillos; pero vosotros, poderosos tigres, forzudos osos, majestuosas águilas reales, que dominais con vuestro vuelo el imperio de los aires, ¿qué necesidad teneis de inclinaros ante ninguna alimaña de la tierra?

—En efecto,—dijo el toro;—la verdad es que yo con mi par de cuernos puedo ir ya solo á cualquier parte. ¿Qué necesidad tengo de bajar la cabeza ante el leon?

—Ni yo,—dijo el oso,—que de una zarpada derribo una torre.

—Ni yo,—dijo el tigre,—que tengo tanta fuerza como el primero.

—Ni yo,—saltó el elefante,—que tengo tanta trompa como el segundo.

—Ni yo, ni yo, ni yo; saltaron todas las demás bestias entusiasmándose cada vez más.

—En resumen, señores,—dijo la mona tosiendo y sacando el pañuelo para pronunciar el correspondiente discursito á que era muy aficionada;—que segun nos ha demostrado nuestra distinguida y particular amiga la culebra, animal large de paso, por más que no hayamos tenido el gusto de verle los pies, todos, absolutamente todos debamos ser independientes; porque tanto la autoridad de los unos como la libertad de los otros habrá de ganar muchísimo con declarar cesante la fantástica magestad del mal llamado rey de los animales.

—Señores,—dijo el cordero,—no estoy conforme; sé perfectamente lo que son estas cosas, y si esa autoridad es desobedecida todos tendremos que sentir.

—¡Ah cobardel!—exclamó la asamblea,—como se conoce que tienes carne que guardar.

—Tambien la teneis vosotros.

—Para eso están nuestras armas.

—¿Armas sin autoridad legítima?; veremos lo que valen.

—¡Ja, ja, ja! ¿qué es eso de autoridad legítima?

—Lo dirá por el derecho divino,—contestó la mona.

—¡Ja, ja, ja, ja!

La risa fué general, y la sesion terminó en medio del mayor escándalo. Inmediatamente el leon fué enjaulado, y al grito de ¡Viva la libertad! se le pusieron un par de grillos para que no pudiera tender la garra.

Acto continuo cada uno de los animales, acampando por su respeto, se dirigió á una parte del mundo con el plausible y filantrópico objeto de hacerse dueño de ella sin pararse en pelillos ni miramientos. El oso fundó un imperio en Rusia; el tigre se anexionó Inglaterra; las águilas fundaron imperios en Alemania y Francia y la mona, emperatriz con una blusa garibaldina y un gorro frigio, comenzó á danzar por Italia tocando el organillo y cantando la marsellesa. Todos estaban contentos, y el que menos creía haber ya descubierto la piedra filosofal.

En efecto, la piedra filosofal estaba descubierta; porque no puede haber nada más filosófico que gritar viva la Pepa y declararse uno independiente para hacer su santísima voluntad, mandando en los demás y no dejándose mandar de nadie; pero amigo, lo que piensa el moro piensa el cristiano; y en esta ocasion como en todas los cristianos pensaron mejor que los moros. Así que las sabandijas del universo supieron que la autoridad leonina al grito de independencia habia sido destronada, saliendo á bandadas de sus agujeros se juntaron en concilio para discutir qué les correspondía hacer en semejante situacion.

La pulga tomó la palabra.

—Señores: La suprema autoridad del leon, considerada hasta ahora de *derecho divino*, ha sido destituida y privada de todos sus privilegios: es decir, ya no hay rey. Siendo esto así me cabe la altísima honra de preguntaros: ¿Qué debemos hacer? ¿á quién obedecemos?

—A nadie;—gritó la asamblea.—¿No hay rey? pues tampoco Roque: ni Rey ni Roque.

—Pero, señores, habrá que obedecer á alguno.

—Pues que se me obedezca á mí.

—A mí, á mí, á mí.

—Fuera, aquí nadie manda, todos somos iguales.

—Mandaré la mayoría...

—La mayoría es nuestra,—gritaron las chinches.

—Es nuestra,—gritaron las pulgas.

—No hay ya mayorias que valgan,—añadieron los mosquitos;—donde acaba el derecho divino empieza el derecho individual, ó lo que es lo mismo, la conveniencia de cada uno; y siendo así ¿quién nos priva á nosotros la que tenemos de chuparle la sangre á todo vicho viviente? Nada, señores, dejémonos ya de historias y á chupar. ¿Acabó la fuerza del derecho?; pues ¡viva el derecho de la fuerza! y quien más pueda que se la gane. ¡Viva la anarquía y el colectivismo!

—¡ Viva! —contestaron millones de voces.

—¡Fundemos la internacional de los chupadores!

—¡Fundémosla!

Y acto continuo se fundó la asociacion más grande y aterradora que han conocido los siglos; su objeto era muy sencillo: verificar la transfusion de la sangre haciendola pasar desde los animales gordos hasta los animales flacos; y cuando los animales flacos se pusieran gordos volver á empezar otra vez; y seguir así constantemente hasta que todos quedasen iguales: es decir, todos gordos, ó mejor dicho todos flacos. El pensamiento era sublime.

Inmediatamente comenzó la sociedad á funcionar.

El oso autócrata de Rusia fué el primero que sintió las picaduras. Las pulgas nihilistas tomaron por delante su autocracia y empezaron á comérsela por un pie.—¿Qué es esto? decia; soy vuestro rey.—¡No hay rey que valga!

En seguida se oyeron los lamentos en Inglaterra; era el tigre de la robusta Albion que con toda su robustez no se podia lamer de miseria; los piojos de Irlanda habian dado con él y lo tenían frito.

Despues se percibieron sucesivamente gritos lastimeros en Francia, Alemania, Italia, Bélgica, España y otras naciones donde los mosquitos comunistas, las triquinas socialistas y todos los demás bichos libre-pensadores y libre-chupadores del universo, habian alzado bandera de rebellion para tragarse vivos á los animales de mayor cuantia. El toro español no tenia harta cola para espantarse los tábanos; las águilas francesa y alemana pasaban el dia entero rascándose las pulgas; hasta la pobre mona de Italia, perseguida por una nube de moscardas, habia tirado el organillo y la garibaldina, y corria hecha un demonio con el gorro ladeado castañeteando los dientes.

—Señores,—exclamaron por fin algunos animales sesudos reunidos en cengreso;—esto no puede continuar así;

SECCION INSTRUCTIVA.

Hay sabios y personas de talento que no creen en la Religión.

Contestacion. Y ¿qué se sacará de ello, sino que para ser cristiano, para recibir de Dios el don de la fé, no basta poseer las ciencias profanas, ni ser hombre de talento, sino que más bien es preciso tener un corazón recto, puro, humilde, bien dispuesto y pronto á hacer los sacrificios que impondrá el conocimiento de la verdad?

Veamos ahora lo que le hace falta al reducido número de sabios que son irreligiosos.

1.º O bien son indiferentes en materia de Religión, y constantemente ocupados en sus estudios matemáticos, astronómicos y físicos, no piensan ni en Dios ni en su alma. y entonces no es extraño que nada entiendan de lo que atañe á las cosas de la Religión. Por lo que hace referencia á esta son unos ignorantes, y su dictamea ó modo de pensar acerca de ella no tiene más valor que el de un matemático sobre la música, la pintura ó la medicina.

Un sabio por este estilo será más ignorante en Religión que un niño de diez años que asista con frecuencia á las explicaciones del Catecismo.

2.º O bien, lo que sucede más á menudo, tales hombres son entes orgullosos que quieren juzgar á Dios, tratar con Él de igual á igual, y sujetar su divina palabra á la medida de su débil razon. El orgullo es el vicio más profundamente arraigado en su corazón. Así es que son rechazados como temerarios y privados de las luces que solo se dan á los sencillos y humildes. Dios aborrece las sublecciones...

3.º O bien, lo que sucede con más frecuencia aun, y que generalmente se agrega á los dos vicios anteriores. (indiferencia y orgullo), esos sabios tienen pasiones aviesas que no quieren abandonar, y que saben son incompatibles con la religión cristiana.

Además de esto, si se quiere pesar el número y el valor de los votos, la dificultad desaparece del todo.

Se puede afirmar que, en el transcurso de mil ochocientos años, no ha habido un incrédulo por cada veinte entre los hombres eminentes de cada siglo.

Y aun se puede asegurar que la mayor parte de este reducido número de incrédulos no fué constante en su incredulidad, y antes de morir se refugió en los brazos de la misma Religión de que habia blasfemado. Tales fueron, entre otros, muchos de los corifeos de la escuela volteriana del siglo pasado, Montesquieu, Buffon, La Harpe, etc.

Voltaire, el mismo Voltaire, hallándose enfermo en París, hizo llamar al cura de San Sulpicio cerca de un mes antes de su muerte. Pasó el peligro y con el peligro el temor de Dios. Sobrevino, empero, una segunda crisis; los amigos del impío corrieron allá... Su médico, testigo ocular, declara que de

nuevo reclamó los auxilios de la Religión... pero fué en vano esta vez; no se permitió que el sacerdote llegase hasta el moribundo, el cual espiró en medio de una desesperacion horrorosa.

D'Alembert quiso igualmente confesarse, y le impidieron que así lo verificase, lo mismo que se habia hecho con su maestro, los filósofos que le rodeaban. «Si no nos hubiésemos encontrado allí, decía uno de ellos, hubiera naufragado su constancia, se hubiera retractada como los demás.»

¿Qué valor moral tienen estos hombres? y ¿qué prueba su irreligión, sobre todo si se les opondrá la fé ilustrada de los más grandes sabios, de los talentos más profundos, de los hombres más respetables que han aparecido sobre la tierra?

La fé, nótao bien, les imponía, como á todos los hombres, la obligacion penosa de hacerse violencia; les imponía deberes en oposicion con sus inclinaciones. La sola evidencia de la verdad del Cristianismo ha podido determinar su adhesion.

Sin hablar de aquellos admirables Doctores á quienes la Iglesia llama los santos Padres, y que fueron casi los únicos filósofos, los únicos sabios de los quince primeros siglos, tales como san Atanasio, san Ambrosio, san Gregorio el Grande, san Jerónimo, san Agustin, san Bernardo, santo Tomás de Aquino (hombre tal vez el más prodigioso que jamás haya existido), ¿cuántos hombres ilustres no cuenta la Religión en el interminable catálogo de sus hijos?

Rogerio Bacon, Copérnico, Descartes, Pascal, Malebranche, D'Aguesseau, Lamoignon, Matieu, Molé, Cujacio, Domat, De Maistre, Bonald, etc. entre los grandes filósofos, los jurisconsultos y los sabios del mundo.

Bosnet, Fenelon, Bourdaloue, Massillon, entre los grandes oradores.

Corneille, Racine, el Dante, el Tasse, Boileau, Chateaubriand, etc., entre los literatos y poetas.

Y nuestras glorias militares, ¿no son acaso en su mayor número glorias religiosas? Carlomagno, ¿no era acaso cristiano? Godofredo de Bouillon, Tancredo, Bayardo, Duguesclin, Juana de Arco, Crillon, Vauban, Villars, Catinat, etc., ¿no inclinaban por ventura delante de la Religión sus frentes gloriosas ceñidas con los laureles de mil victorias? Enrique IV y Luis XIV eran cristianos. Turena era cristiano, y habia comulgado el mismo dia de su muerte. El gran Condé era cristiano. Y por encima de todos descuella san Luis, este verdadero héroe, este hombre tan amable y tan perfecto, que es la gloria de la Francia al mismo tiempo que de la Iglesia.

Nadie hay que ignore los sentimientos de Napoleon el Grande por lo que atañe al Cristianismo. En medio del desvanecimiento de su poder y de su ambicion, prescindió, es cierto, en cosas de mucha trascendencia, no sólo de los principios, sino tambien de los deberes prácticos de la Religión; pero conservó siempre la creencia y el respeto há-

el mundo se hundiera si esto no se arregla.

—Pero ¿cómo va á arreglarse?

—Restituyendo la autoridad al leon, no hay otro remedio; pero lo haremos con cierta maña; esto es, sin abrirle la jaula.

Entonces se vió el espectáculo más anómalo y chocante que han presenciado los siglos; el de un pobre Leon enjaulado y prisionero recibiendo el homenaje de los animales que le habian encarcelado. El uno le llevaba viandas, el otro le llevaba joyas, este le regalaba coronas, aquel le ofrecia cetros; todos le agasajaban, le obsequiaban, le sonreian pero ninguno le abria la prision.

—¡Desdichados! — exclamó al fin el leon dando un rugido; —en vano me colmais de honores y riquezas; queréis la justicia á medias y eso es una ilusion; nada conseguireis mientras no me devolvais mi libertad.

—¡Vuestra libertad!

—Si, porque mi libertad es la garantia de la vuestra, como mi derecho la fuente de vuestro derecho, y mi autoridad el fundamento de vuestra autoridad. Todo viene de Dios; este es el gran principio que debéis ante todo reconocer; y si vosotros no lo reconocéis, ¿cómo quereis que lo reconozcan los demás?

Cuentan las crónicas que cuando el leon cesó de rugir, el eco de su voz corrió el mundo entero y despertó á muchos animales aletargados. Desde entonces, abiertos los ojos, pensaron abrirle la jaula; porque al fin comprendieron todos que si la jaula no se abria, grandes y chicos quedarian iguales; esto es, como el gallo de Moron, ó lo que es lo mismo, como los perros del tío Alegria. ¿Has entendido el cuento?

—Perfectamente, mi amo: quiere decir que el Leon de Judá, representante en la tierra de la Majestad Divina, se halla prisionero porque la revolucion triunfante ha atropellado sus derechos creyendo así llegar á la libertad. Insigne estupidez: no ha comprendido que la libertad sin Dios es imposible; porque la libertad es hija de la paz, la paz hija de la justicia, y la justicia hija Dios.

—Magnífico, Bas; ya tienes encendido el farol. Ahora solo falta que lo pongas sobre el celemin, y que enseñes á todo el mundo estas verdades tomando tu guitarra y cantando esta coplilla:

Si Dios no es Rey de Reyes

¿Con qué derecho

Podrán mandar los reyes

Sobre los pueblos?

No hay más tu tía,

O impera el Leon de Roma

O la anarquía.

A. C. y G.

VARIEDADES

Progresamos.

En una poblacion vecina en pleno teatro ha puesto fin á sus dias un sujeto haciendo estallar dentro de su sombrero un cartucho de dinamita. Es la última aplicacion que podia darse á tan moderno descubrimiento.

Tambien se ha suicidado en Inglaterra otro individuo de un modo original: metiendose un hierro candente por el ombligo.

Esto es progresar; (se entiende), hacia el infierno, á donde indudablemente camina la sociedad moderna si Dios no lo remedia.

Ha perdido la fé y está loca: todo le parece poco para destruirse. ¡Qué lecciones! Y sin embargo, erre que erre en que la religion no hace falta. Y en verdad, para saltarse los sesos maláita la falta que hace.

Libertad masónica.

Los católicos de Méjico están sufriendo ruda persecucion por parte de las autoridades masónicas de aquel pais. El 12 de Diciembre último, fiesta de Ntra. Sra. de Guadalupe, patrona de aquella República, fueron maltadas todas las personas que se permitieron celebrar la festividad poniendo colgaduras en el balcon.

Estos son los que se llaman defensores de la conciencia libre; y en efecto, quieren libre la suya pero no la de los demás.

EL DUQUE DE GANDIA

Cuéntase en la vida de S. Francisco de Borja, Duque de Gandia y Virrey de Cataluña, que habiendo visto el cadaver de la Reina Isabel, que hacia algun tiempo habia muerto, grandemente desfigurado, sobre todo el rostro que era muy hermoso mientras vivia; resolvió en su alma abandonar el mundo, entrar religioso y dar libelo de repudio á todo lo que él ama. De esta resolucion magnánima fué causa el ver y meditar seriamente lo vano que es ese ídolo fugaz de la hermosura del cuerpo humano.

A esto alude la bella poesia que sigue:

¿Qué escoltan esos soldados?
¿Qué hay de esa caja en el fondo?
— ¡Un cadáver hediondo
Envuelto en ricos brocados!
Ricos-homes y Prelados,
¿A qué tan honda pavora?...
¡Esa es la humana hermosura
Con que en su regio dosel
La emperatriz Isabel
Pudo al mundo sonreír!...
¿A qué extrañarnos y huir
Y alejarnos con horror,
Si servimos á Señor
Que se nos pueda morir!

¡Tierra... tierra! ¡horrura, nadal!
¡Y aquesto adora la gentel!
Hermosísimo presente

Traje á la gentil Granada.
Bien puede, de hoy más preciada
De su hermosura y sus flores
Mostrar á los amadores
De este mundo y su grandeza
Aquesta nueva belleza
Que hoy le plugo recibir;
Mas... si no quieren oír,
Y ellos siguen en su error,
¿Por qué servir yo á Señor
Que se me pueda morir?

¡Mundo, por más que te asombre
Dejo en tan aciago día
De ser Duque de Gandia
Para empezar á ser hombre!
¡No más blason, ni renombre,
Ni fortuna lisonjeral
¡Esa regia calavera,
Con su podredumbre inmunda,
Me grita que me confunda
De mi profano vivir!
¡Que no quiera más seguir
En este mundo traidor;
Que jamás sirva á Señor
Que se me pueda morir!

¡Ah jamás! ¡Lejos joyeles,
Terciopelos y plumajes,
Y recamados ropajes,
Y caballos y lebreles,
Y escuderos y donceles,
Y mentira y vanidad!
¡Lejos!... ¡Lejos!... ¡Apartad!
Para vosotros no existo:
No vivió así Jesucristo,
No quiero yo así vivir:
¡A Aquél quiero yo servir,
Que es mi Dios y Redentor,
Mas nunca, nunca á Señor
Que se me pueda morir!

J. M. Saj.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones medias, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir diez ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

| | |
|-----------------------|--------------------|
| Una accion. | ½ ptas. mensuales. |
| Media id. | 2 « « |
| Un cuarto id. | 4 « « |
| Un octavo id. | 0'50 « « |

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de «La Semana Católica», Villanueva, 6, bajo.

cia la misma. «Yo soy cristiano católico-romano, decia; mi hijo lo es igualmente, y tendria un gran disgusto si mi nieto pudiese no serlo.» «El servicio más grande que yo he hecho á la Francia, añadia aún, consiste en haber restablecido la religion católica. Sin Religion, ¿dónde habrian ido á parar los hombres? ¡Se degollarian unos á otros por la mujer más bella ó por la pera de mayor tamaño!»

Cuando en Santa Elena se encontró solo frente á frente de su conciencia, se puso á reflexionar acerca la fé de su infancia, y con su profundo talento Napoleon juzgó verdadera y santa la fé católica.

Pidió á la Religion sus últimos consue-
los...

Dispuso que un sacerdote católico fuése á Santa Elena, y asistia á la misa que se celebraba en su habitacion. Mandaba á su cocinero que no sirviese comida de carne en los dias de abstinencia, y dejaba admirados á sus compañeros de destierro con el vigor con que exponia las doctrinas fundamentales del Catolicismo.

Hallándose cercano á la muerte, despidió á los médicos, hizo llamar al abate Vignali, su limosnero, y le dió: «Yo creo en Dios; he nacido en el seno de la religion católica; quiero llenar los deberes que ella impone, y recibir los auxilios que administra...»

Y el Emperador se confesó, recibió el santo Viático y la Extremauncion. «Estoy muy contento por haber cumplido con mis deberes, dijo al general Montholon. Deseo, general, que al morir tengais la misma felicidad... Ocupando el trono he omitido la práctica de los deberes religiosos, porque el poder enloquece á los hombres. Mas siempre he conservado la fe: el sonido de las campanas me causaba placer, y la vista de un sacerdote me conmovia. Yo queria hacer de todo esto un secreto, pero seria una debilidad... Quiero glorificar á Dios...»

Después él mismo ordenó que se levantasen un altar en el aposento inmediato, para exponer al Santísimo Sacramento y recitar las oraciones de las Cuarenta horas.

Así murió Napoleon; es decir, cristianamente.

No temamos, pues, equivocarnos siguiendo las huellas de estos grandes hombres que por su número, su ciencia religiosa, y sobre todo por su valor moral, llevan una inmensa ventaja sobre los que, cualesquiera que sean, no apreciaron debidamente al Cristianismo.

El orgullo, la pasion por la ciencia profana que les absorbía por entero, otras pasiones aún más violentas y vergonzosas, son razones más que suficientes para explicar la incredulidad de estos últimos, en tanto que sólo la verdad de la Religion, lo repetimos, ha podido hacer inclinar la frente de los primeros bajo el sagrado yugo del Cristianismo.

M. Segur.